

PRIMERA PARTE.

El estado natural del hombre es la sociedad.

QUE el estado natural y primitivo de los hombres fuese el de vivir errantes por los bosques ó en sociedad negativa como los lobos y las panteras; sin idioma, sin ideas, sin deberes, sin leyes, sin religion y sin Dios, disputando á los animales su alimento y su mansion; que este estado de vivir entre animales, y como animales fuese la edad de oro del hombre; estado augusto y majestuoso de una celestial simplicidad; y que el primero que fijando su morada, cansado de la vida nómada, errante, vagabunda y salvaje, fabricó una cabaña, y á mas abrió surcos en la tierra, y benefició los árboles ha-

ciéndose propietario, fué un hombre vicioso y desnaturalizado, que diera el primer paso á la esclavitud, contra la igualdad, la libertad é independencia natural; haciéndose esclavo de las leyes y de los deberes personales, religiosos y sociales; que despues otros hombres malvados, sagaces y astutos inventasen y pactaran; fueron hechos que felizmente desconocieron nuestros padres. Este importante descubrimiento, de descender línea recta de brutos, fué reservado al Diógenes de estos tiempos, el sofista inconsecuente Rousseau y á sus discípulos, que son todos los filósofos modernos, el de manifestarlo y enseñarlo á todas las naciones.

En vano la sana y juiciosa filosofía, apoyada en la historia de todos los pueblos, y en la tradición de todo el género humano, y sobre todo, con el mismo hombre, demostró que el estado de salvajina, los pactos, deberes, soberanía popular, la igualdad, la libertad, &c., eran unos extravagantes absurdos, al mismo tiempo que trastornadores de todo orden, propios del delirante cerebro de su autor, publicados para destruir al género humano, á la religion y á la sociedad; objetos que siempre fueron de su implacable y eterno odio: á pesar de todo, los partidarios de la bestialidad, del ateísmo y de la soberanía popular, entregados á la carne, en-

greidos con su origen brutal, y sordos á toda verdad y razonamiento, no han querido conocer ni á Dios, ni á el hombre, ni á la sociedad; y sin desistir jamas de sus proyectos, no dejan de reproducir sus necias paradojas, sus máximas desorganizadoras y sus doctrinas impías; y nosotros repetiremos tambien lo que tantas veces se les ha dicho para confundirlos, aunque en verdad sin suceso.

Es una verdad constante que el hombre es un ser sensible, inteligente, racional, y por consecuencia sociable: que nace en sociedad y continúa viviendo en ella, porque le es agradable y necesaria; y que no ha sido en manera alguna destinado por su naturaleza á vivir vagabundo en los bosques y selvas, privado de los recursos y compañía de sus semejantes. La vida social le produce y conserva, modifica y cultiva; y así que el verdadero estado natural del hombre, es aquel que es conforme á su naturaleza, y como ésta consiste esencialmente en la razon, es preciso confesar que el estado natural del hombre no es otro que un estado racional: ahora bien, como este estado racional solo se puede concebir en la sociedad, es claro que el estado primitivo y originario del hombre es solo el estado de sociedad: estado establecido por Dios, autor y conservador de su ser; y esta es la razon porque sacó

de sus manos cuando le formó, las condiciones necesarias para la sociabilidad; su origen comun, su constitucion, su voz, sus facultades, sus inclinaciones, su debilidad, y la diferencia de sexos son cosas todas que le llevan y constituyen necesariamente en sociedad.

Es verdad que Dios hubiera podido criar á el hombre, como dice Burlamaqui, con bastante perfeccion y felicidad para vivir solo y separado de los demas hombres; pero no ha querido, á fin de que los vínculos de la sangre y del reconocimiento contribuyan á formar y á estrechar los lazos de la sociedad. No es por lo tanto la cuna de la sociabilidad humana el estado salvaje; estado contrario á la misma naturaleza y al carácter esencial del hombre, que le impele á buscar el comercio y compañía de sus semejantes.

El hombre, pues, natural, fabricado por el sofista ginebrino, seria una desgraciada criatura criada en un estado contrario á la naturaleza, á la razon y á la Providencia; y sin recursos algunos contra los males inevitables que le amenazan á cada paso. ¿Cuál seria la suerte del linaje humano si cada uno viviese aparte é independiente de los demas, dice Séneca? Cuantos fueran los hombres, otras tantas serian las víctimas de los demas animales;

“ una sangre la mas fácil de derramar; en una pa-
 “ labra, la debilidad misma. Los otros animales tie-
 “ nen fuerzas suficientes para defenderse: todos los
 “ que han de vivir vagabundos, y á los que no per-
 “ mite su ferocidad vivir en cuadrillas, nacen, por
 “ decirlo así, armados: en vez que el hombre está
 “ cercado por todas partes de debilidad, sin gar-
 “ ras, sin dientes que le hagan terrible; pero estos
 “ auxilios que le faltan naturalmente los halla en
 “ la sociedad con sus semejantes. La naturaleza
 “ para indemnizarle, le ha dado otras cosas, que de
 “ débil y miserable que hubiera sido, le hacen mas
 “ fuerte y poderoso, quiero decir, la razon y la so-
 “ ciedad; de suerte, que aquel que no puede resis-
 “ tir á ninguno, llega á ser por la razon dueño de
 “ todo: la sociedad le da el imperio sobre los ani-
 “ males, le suministra medios en sus enfermedades,
 “ socorros en la vejez y alivio en sus dolores: si se
 “ quita la sociabilidad, se destruye al mismo tiem-
 “ po la union del linaje humano, de la cual depen-
 “ de la conservacion y felicidad de la vida.”
 Voltaire, despues de pintar la paz y la dicha que
 puede ofrecer la vida montaraz, se espresa así:
 “ Confieso no sentirme inclinado á ir á pastar co-
 “ mo los brutos las yerbas de los campos; prefiero
 “ sin violencia las delicias de la servidumbre, al

" honor de la libertad salvaje, y estoy persuadido
 " de que habrá pocos hombres que no estimen en
 " mas nuestras villas y ciudades, en las cuales
 " los mas miserables tienen, cuando menos, alo-
 " jamiento y pan, que el vivir errantes por los
 " desiertos, espuestos á las injurias del aire, del
 " calor y del frío, y al furor de los animales.
 " Nuestras casas son mucho mas dignas de nues-
 " tro sér, que las cavernas de la tierra, y nuestros
 " alimentos son preferibles á los frutos silvestres y
 " carne cruda de los animales, de que necesita el
 " salvaje para nutrirse despues de haber corrido
 " largos espacios en pos de la presa. . . . Es cons-
 " tante que Dios ha dado á las abejas y á las hor-
 " migas cierta cosa para hacerlas vivir en comun
 " que no ha dado á los lobos; una vez que todos
 " los hombres viven en sociedad, debe ser cierto
 " que hay en su naturaleza un vínculo secreto con
 " que quiso Dios juntar los unos con los otros." ¡In-
 " sensatos y soñadores filósofos salvajes! Observad á
 " el hombre desde el primer instante de su concep-
 " cion hasta el momento en que descende á la tum-
 " ba, y siempre á vuestro pesar, le encontraréis con
 " necesidades necesarias; dependiente desigual y so-
 " ciable: él será siempre lo que es; y es lo que ha
 " sido siempre; es decir, sociable, porque es racional.

" Queda probado que el hombre nace destinado por
 " la providencia de su Criador, á vivir en sociedad
 " con los demas hombres sus semejantes; y que la su-
 " puesta original bestialidad ó vida errante, con que
 " ha querido ennoblecerlo la mentida filosofia moder-
 " na, nunca fué mas que una risible y ridícula, pero
 " fatal paradoja, que ella misma jamas se persuadió
 " seria creida, tal cual la ha vendido y presentado á
 " los pueblos; pues á mas de tener contra sí todos los
 " hechos y el sentimiento interior, estaba en contra-
 " dicion de toda la naturaleza. Empero no era su
 " intento el ser ó no creida, no; y sí solo el de formar
 " sobre tan descabellada y degradante ficcion el lazo
 " funesto de la ilusoria, á la par que encantadora, *so-*
 " *beranía del pueblo*, que habia de allanarle el camino
 " al proyecto mas detestable.

" Ella tuvo siempre el empeño (y queria en estos
 " tiempos hacer su mayor esfuerzo) de trastornar el
 " órden social, es decir, de arruinar la religion cris-
 " tiana, la sana moral, las obligaciones mas sagradas
 " y las soberanías legítimas, para hacerse la sobera-
 " na del mundo, y la árbitra de los destinos de los hi-
 " jos de los hombres, para oprimirlos, subyugarlos y
 " regirlos segun sus insensatas máximas. . . . Mas ¡ay!
 " Cuando veo á la sociedad tan agitada y como es-
 " pantada y convulsiva, incierta en su porvenir, car-

gada de cadenas, llorando, no lágrimas amargas, sino sangre; y la observo turbada en su moral, en su religion y en su política; yo me confundo, y me pregunto á mí mismo consternado: ¿y será posible haya quien dude ya de la existencia de este infernal proyecto, despues de lo que en la Europa se ha visto y experimentado en estos últimos tiempos? ¿Existirá alguna persona de cualquier clase ó condicion que fuese, que ignore los nombres tan cacareados de las sectas públicamente conjuradas contra los tronos y los altares, que si bien aparecen á veces enemigas ó contrarias entre sí, solo lo son para disputarse el mando, pues por lo demas todas son amigas, y están acordes en seguir la obra de maldicion á que se alistarán y comprometieran con los mas espantosos y sacrílegos juramentos, bajo la comun bandera de la impía filosofia.¹ No es fácil creerlo: mas con todo, por si acaso hubiere alguno tan cándido que dudase de esta trama atroz é impía, que tantas lágrimas y sangre ha costado, y está costando á los pueblos, veámosla revelada por el mismo

1 “Juro un odio implacable al trono y al sacerdocio; y consiento si faltó á este juramento, que mil puñales se sepulten en mi seno perjuro; que mis entrañas sean desgarradas; y mis cenizas, llevadas hasta los cuatro ángulos del universo, sean un monumento de mi infidelidad.” Este es el juramento que hacen.

Rousseau; anunciada y temida hace cerca de dos siglos por el gran Leibnitz; denunciada el año 1770 por Mr. Sequier, célebre magistrado frances, al primer parlamento de su nacion; y confesada por la misma filosofia, por boca de uno de sus mas celosos hijos, el ateo Condorcet.

“Tengo por imposible, decia Rousseau, que las grandes monarquías de Europa puedan durar aún mucho tiempo: todas han relampagueado, y el Estado que relampaguea se acerca á su ruina. Me asisten para pensar así razones mas particulares que esta máxima; pero no conviene ahora decir las, y cualquiera las comprende bien.”

Y Leibnitz: “Los discípulos de Epicuro y Espinosa, figurándose libres y desembarazados del temor de una Providencia vigilante y de un porvenir amenazador, sueltan la rienda á sus pasiones brutales, y emplean su talento en seducir y corromper á los demas; y si son ambiciosos y de carácter un poco duro, serán capaces de poner fuego á las cuatro partes del mundo, solo por divertirse y holgarse. Yo he conocido algunos de este temple, que ya han muerto. Yo veo que opiniones muy semejantes se van insinuando poco á poco en el espíritu de los hombres del gran mundo, que dirigen á los demas y de quienes de-

“penden los negocios, é introduciéndose en los li-
 “bros de moda, disponen todas las cosas para la
 “revolucion general de que Europa se ve amena-
 “zada. . . . Se ridiculiza á aquellos que cuidan del
 “público; y cuando algun hombre bien intencio-
 “nado habla de lo que vendrá á ser la posteridad,
 “responden: Ahora como ahora, y entonces como
 “entonces. Pero puede ser que estas personas es-
 “perimenten los males que creen destinados á
 “otros. Si no nos corregimos de esta enfermedad
 “epidémica de los espíritus, cuyos efectos comien-
 “zan ya á hacerse visibles, si sigue aumentándose,
 “la Providencia corregirá á los hombres por me-
 “dio de esta misma revolucion que ha de nacer de
 “ella.”

Escuchemos á M. Sequier: “Despues de la stir-
 “pacion de las herejías que turbaron la paz de
 “la Iglesia y del Estado, decia este celoso ma-
 “gistrado, se ha visto salir de las tinieblas un sis-
 “tema mas peligroso por sus consecuencias, que
 “los antiguos errores, disipados siempre á medida
 “que se reproducian. Entre nosotros se ha levan-
 “tado una secta impía y atrevida: ha decorado su
 “falsa sabiduría con el nombre de filosofia; y bajo
 “este nombre pomposo ha pretendido estar en po-
 “sesion de todos los conocimientos. Sus partida-

“rios se han erigido en maestros del género hu-
 “mano. Libertad de pensar: ved aquí su voz, y
 “ésta se deja oír de un cabo del mundo á otro: con
 “una mano han querido derribar el trono y con la
 “otra el altar. Su objeto era extinguir la creencia,
 “hacer tomar un nuevo curso á los espíritus sobre
 “las instituciones religiosas y civiles; y la revolu-
 “cion se ha hecho por decirlo así; los prosélitos se
 “han multiplicado, y sus máximas se han difundi-
 “do: los reinos han sentido vacilar sus antiguos
 “fundamentos; y las naciones, espantadas de hallar
 “aniquilados sus principios, se han preguntado que
 “por qué fatalidad han llegado á ser tan diferen-
 “tes de sí mismas.”

Oigamos, en fin, lo que el ateo y conjurado Con-
 dorcet escribia á su amigo el conde de Aranda: “La
 “filosofia va á reinar sobre Europa. Sus ministros
 “van á ser los de los reyes; y la libertad francesa,
 “despues de haberos hallado su admirador duran-
 “te sus desgracias, reconocerá uno de sus defen-
 “sores contra la supersticion y el despotismo. El
 “destructor de los jesuitas, será el enemigo de to-
 “das las tiranías. Paréceme ver al mismo Hércu-
 “les limpiando el establo de Augías, viéndoos á
 “vos pisar esa canalla vil, que, bajo el nombre de
 “sacerdotes y nobles, son la úlcera del Estado.

“ Ahora sois vos el ejecutor testamentario de los
 “ filósofos con quienes habeis vivido, y la sombra
 “ de D'Alembert gira sobre los lugares que habi-
 “ tais. Vais á enseñar á la Europa que el servicio
 “ mas señalado que puede hacerse á los reyes, se-
 “ rá quebrantar el cetro del despotismo, y armar-
 “ los de una *sábía constitucion*, que constituyéndo-
 “ los los primeros servidores del pueblo, los colo-
 “ carán en el puesto que deben ocupar para su di-
 “ cha y la nuestra.” La pluma se resiste al escribir
 las palabras de que se valia Voltaire para dar á en-
 tender esta infernal trama. Es inútil el que yo me detenga á comentar las
 palabras referidas, ó á alegar otras razones mas pa-
 ra probar una trama ó conjuracion de la que todos
 somos desgraciadamente testigos ó acaso víctimas.
 Sí, testigos y víctimas de una atroz é impía conju-
 racion que hizo un dia que en la Francia se viese
 la religion cristiana sin altares, y sin trono sus cris-
 tianísimos reyes: de una conjuracion espantosa, que
 con los crímenes, las matanzas, los trastornos y de-
 vastaciones que en esta nacion perpetrara, aterró
 y conmovió á toda Europa, y á mas la cubrió des-
 pues de ruinas y de sangre; y de una conjuracion,
 en fin, contra la que están ó deben estar sobresal-
 tados y alerta todos los verdaderos políticos, y to-

dos los que dirigen los destinos de las naciones....¹

Ello es indudable, la existencia del execrable pro-
 yecto de la filosofia, y que se hace necesario tenerlo
 presente, para comprender que cuantos males,
 desastres é innovaciones presenciarnos, y cuantos
 tememos tristemente presenciar, son resultados de
 esta impía conjuracion, de este ordenado y sacríle-
 go proyecto; y no obra del tiempo, de pasiones par-
 ticulares ó de extravíos pasajeros de los hombres,
 como por algunos demasiado crédulos y sencillos se
 creyera: así como tambien lo es, que se ha visto
 forzada y en la dura necesidad de inventar un me-
 dio por el cual pudiera conseguirlo; le era preciso
 guarecerse con algun escudo, porque no se le ocul-
 taba que no era fácil que los pueblos corriesen á
 abrazar sus principios, que nunca dieron de sí otra
 cosa que trastornos, crímenes y desgracias; sí, co-
 nocia era ardua y arriesgada su empresa, y más
 cuando ya habia sido chasqueada en otras inten-
 tonas; pero con todo, nada le intimida, nada le ar-
 redra, contando para su buen éxito, mas en sus re-
 probados y pérfidos manejos, que en sus doctrinas
 y máximas, cuyo valor no dejaba de conocer; y así
 es, que las esperanzas de su seguro y suspirado

¹ Véase la nota que está al fin de esta primera parte.

triunfo las ponía, en que dándolas gratas y lisonjeras á las mas delicadas y amadas pasiones de los hombres, haría que estos, seducidos, corriesen de buena voluntad á abrazarlas, y que cuando diesen en el engaño fuese cuando ya no hubiese remedio, estando tremolada su triunfal y desoladora bandera. A la manera que la incauta y sencilla ave, atraída del dulce reclamo de la añagaza, abandonando el fértil y anchuroso campo, se encierra por sí misma en estrecho recinto, cuando mas olvidada del peligro y engreída con el esquisito preparado cebada en la red; así de la misma manera han de ser cazados los pueblos; pues ellos mismos por sus pasados contados habían de dar en la celada, encontrándose sin religion, sin libertad, sin virtudes; esclavos, saqueados, pobres y á las puertas del sepulcro; cuando creyeran habían llegado ó debieran llegar al puerto de la libertad, de la dicha, de la virtud, de la abundancia y de la inmortalidad: y en verdad que así se ha verificado; habiendo servido de fatal reclamo para este funestísimo engaño el supuesto *pacto social*, y de cebo las máximas y doctrinas que de él emanan; que aunque impías, sediciosas, desorganizadoras, ateas y sanguinarias, y que solo tienden á trastornar todo gobierno, la religion y á disolver la sociedad, han sido presentadas á los pueblos

con un exterior barnizado de virtud, patriotismo, ilustracion y orden, y con promesas seductoramente de un porvenir de placer, de dicha y de paz; al mismo tiempo con dulces y pomposas voces que halagan las pasiones; esmerándose sobre todo lisonjearlos con las ideas de independencía, de libertad y de soberanía que tanto encantan y seducen.

El hombre tiene dentro de sí mismo una rebelde inclinacion á sacudir todo yugo y obediencia, ó una repugnancia á tener que humillarse y subordinarse; flaqueza heredada de la funesta prevaricacion de nuestros primeros padres. Y por lo tanto, ¿qué debía esperarse de los incautos pueblos, cuando se les dice con intenciones siniestras, que ellos son los autores voluntarios de la sociedad, y los inventores ó forjadores de los derechos y de todas las obligaciones? ¿Qué, cuando se les enseña y predica en tono magistral y dogmático, que es la única autoridad que no ha menester razon para legitimar sus actos, que son árbitros de mudar la forma establecida de gobierno á su libertad y capricho; que no ha de haber otro Dios ó religion que la que les venga á cuento, ni otra moral que la que fabriquen, con arreglo á sus intereses y mas caras pasiones; ni otras leyes que las que formen, ni otras autoridades que las que creen, ni otros impuestos que los que voten,